

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y CAPITALISMO COGNITIVO

Por la Académica de Número
Excma. Sra. D.^a Carlota Solé Puig*

INTRODUCCIÓN

El debate actual sobre la Inteligencia Artificial (me refiero a la IA estrecha o específica que conocemos hoy, diseñada como ejecutora de una sola tarea en un ámbito concreto) se centra en las posiciones encontradas entre partidarios y detractores del uso que se hace de esta tecnología. Los defensores afirman que su aplicación mejora exponencialmente la productividad de muchas empresas y procesos productivos y mejora la calidad de vida de las personas, por la posible repetición ilimitada de experiencias o ensayos, la automatización, la agilización de decisiones, la corrección de errores humanos. Se puede ir más allá de la creación de modelos para aumentar el ahorro de costes y tener una visión más holística e integrada de un negocio. Los detractores advierten del riesgo de que esta tecnología pueda substituir al ser humano, insisten en la necesidad de regular su aplicación y velar por los aspectos éticos de la misma.

Ejemplo paradigmático de la IA es el Chat GPT (chat generativo, predictivo y transformador) en combinación con los grandes modelos de lenguaje (LLM) para generar respuestas a preguntas o comentarios. ChatGPT imita, pero no es creativo de algo nuevo, sabe copiar, nos devuelve una imagen del sistema de aprobación de textos académicos o políticos, pero es incapaz de distinguir entre un trabajo personal de un ser humano o el de una máquina en una eva-

* Sesión del día 17 de junio de 2025.

luación de un trabajo académico o un examen. La IA no crea contenidos, analiza cantidades ingentes de datos para extraer patrones a través de los cuales satisface las demandas del usuario.

En un principio, puede decirse que estas máquinas de IA no tienen inteligencia sino habilidades, no comprenden lo que repiten, no entienden lo que ocurre a su alrededor. No comprenden porque no tienen conocimientos generales sobre el mundo (Dennett, E., 2017), no tienen referentes del mundo real. Son «loros estocásticos» (Bender, D. *et alii.*, 2021), a saber, programas que combinan secuencias de palabras a partir de información probabilística sobre cómo se pueden combinar patrones para adivinar de un corpus (un texto, conjunto de libros, etc., como por ejemplo la Biblia) la siguiente palabra de la secuencia de palabras.

La mente humana no es una máquina estadística de comparación de patrones, que acumula cientos de *terabytes* de datos y extrapola la respuesta más probable a una pregunta científica o a una conversación. La mente humana es un sistema eficiente que funciona con pocas cantidades de información, no busca inferir correlaciones brutas entre conjuntos de datos, sino crear explicaciones. El programa de aprendizaje automático puede decir lo que es el tema o asunto, lo que fue el tema y lo que será el asunto (es decir, descripción y predicción) pero no puede decir lo que no es el tema y lo que podría y no podría ser el asunto. Esos son los ingredientes de una explicación y de relaciones causales, porque incluye conjeturas contrafactuales. Eso es pensar: para tener razón debe ser posible equivocarse, dudar. Pensar es dar no sólo conjeturas creativas, explicaciones posibles, sino también críticas creativas, errores corregidos. El ChatGPT y programas similares pueden memorizar (aprender), pueden dar respuestas probables sobre la base de la información que recaban a través de internet, pero no pueden descubrir nada que no sea ya conocido por descubierto previamente, no saben distinguir lo posible de lo imposible. Pueden describir, incluso estadísticamente, una situación o hecho sobre la base de anteriores descripciones e informaciones, pero no explican causalmente esa situación o hecho. La inteligencia humana es también capaz de pensar moralmente, es decir, ceñir la creatividad a un conjunto de principios éticos que determinen lo que debe y no debe ser y, por supuesto, someter esos mismos principios a la crítica creativa.

Como expresa Byung-Chul Han, la inteligencia artificial no razona, sino que computa. Razonar es expresar opiniones pensadas por una persona que actúa eficazmente en el ámbito cognitivo-instrumental; por si sola esta racionalidad será accidental si no va acompañada de la capacidad de aprender de los fallos, de la refutación de hipótesis y del fracaso en las intervenciones. Los algoritmos (serie o cadena de pasos que conducen a la respuesta o solución de un problema) substituyen a los argumentos. Los argumentos pueden mejorarse en el proceso discursivo. Los algoritmos, en cambio, se optimizan continuamente.

te en el proceso maquinal. Esto les permite corregir sus errores de forma independiente. La racionalidad digital substituye el aprendizaje discursivo por el *machine learning*. Los algoritmos imitan así a los argumentos (Han, Byung-Chul, 2022: 59-60). Para Han la tecnología digital es la versión última de la tecnología humana (Mavrakakis, N., 2020: 19-28).

Como otras tecnologías (el vapor, la electricidad, la energía nuclear o internet), la IA es una tecnología que tiene un ámbito de aplicación muy amplio, en distintos sectores, y un impacto transformador en lo económico, social, político, cultural, artístico, e incluso, en lo ideológico; muy potente. Harari pone el ejemplo de las revueltas de la minoría musulmana de los rohingyas de Myanmar (antigua Birmania) desde 2011 y muy violentas en 2016-2017. Atribuye a los algoritmos de Facebook un papel activo y determinante en tomar decisiones recomendando los ataques de odio del líder budista Wirathu contra cientos de miles de ciudadanos de esta minoría musulmana (Acemoglu, D. y Johnson, S., 2024: 354-355).

Afirmar que los ordenadores pueden aprender y decidir no implica que sean conscientes, no piensan ni sienten. No debe confundirse conciencia con inteligencia. No debe asumirse que los seres no-conscientes no puedan ser inteligentes. Inteligencia es la habilidad de alcanzar objetivos como el de maximizar el compromiso y enganchar a una plataforma por parte de sus usuarios. Conciencia es la habilidad de experimentar sentimientos subjetivos sobre la propia existencia, sentimientos como la pena, el placer, el dolor, el temor, el amor o el odio; experiencias vitales como la esperanza, la incertidumbre, la frustración, la plenitud, la felicidad, la libertad, la muerte o la trascendencia (Lasalle, J. Ma., 2024: 169). Los entes no-orgánicos, o las bacterias y las plantas, no tienen conciencia, pero desarrollan inteligencia porque reúnen información, eligen qué estrategia de supervivencia seguir para alimentarse y reproducirse, para cooperar con otros organismos y evitar a depredadores y parásitos. Tampoco los humanos somos conscientes de muchas funciones orgánicas vegetativas de nuestro cuerpo, como respirar o digerir, u otras actividades vegetativas, imprescindibles para nuestra supervivencia. Así, aunque una máquina como un ordenador no sienta pena, ni temor, ni dolor, ni amor, puede decidir el transcurso de un evento histórico como la represión de los rohingyas.

Especial interés tiene la cuestión del dolor. La IA no es más que un aparato de cálculo, según Han. Es capaz de aprender, incluso es capaz del *deep-learning* o aprendizaje profundo, pero es incapaz de tener experiencias y emociones. El dolor se encarga de que el espíritu se forme, transforma la inteligencia en espíritu, gracias al dolor el espíritu alcanza un nuevo conocimiento, una forma superior de saber y de conciencia. Inteligencia significa «escoger entre» (inter-legere). Es una capacidad de discernimiento. Por eso no se sale del ámbito de lo existente. No es capaz de engendrar lo totalmente distinto. El dolor distingue el pensar del calcular, la capacidad de discernimiento de la capa-

cidad de engendrar lo totalmente distinto. A diferencia del cálculo, el pensar crea una perspectiva totalmente nueva del mundo. Solo lo vivo, la vida capaz de sentir dolor es capaz de pensar. (Han, Byul-Chul, 2021: 61-64).

CAPITALISMO COGNITIVO

La aplicación de herramientas e instrumentos de IA afectará al empleo, al mercado laboral, destruyendo puestos de trabajo y generando otros nuevos, cambiando las cadenas de valor, las estructuras sociales y nuestra vida. Desaparecerán actividades que podrá hacer un robot o una máquina. Las tareas de los ayudantes, secretarías, contables, traductores, intérpretes, cobradores del transporte público y privado, agencias de viajes, empleados de ventanilla de entidades financieras, etc., podrán ser substituidas, ahorrando energía y tiempo, aumentando la productividad y eficiencia. Ello puede repercutir en la creación de nuevo empleo altamente especializado, nuevos puestos de trabajo, aumento de la competitividad, incremento del producto interior bruto de un país. Habrá nuevas profesiones digitales como los instaladores de energías renovables, eólicas y fotovoltaicas, los responsables de transformación digital, especialistas en *design thinking*, en *blockchain*, consultores de automatización de procesos robóticos, analistas de datos, especialistas en ciber IA, ingenieros de *prompts* (para generar algoritmos, lenguajes de programación), especialista en visión computacional, en IA generativa, directores de trabajo en remoto, gestores de estrategia de sostenibilidad (que garantiza el compromiso de la empresa con una agenda orientada al éxito), profesionales *tribe* (managers *freelance* para organizar equipos), reclutadores-consultores de selección; también jefes o evaluadores virtuales más imparciales, objetivos, justos, sin prejuicios proclives al favoritismo.

La IA puede elevar salarios para los trabajadores capaces de asimilar las nuevas tecnologías y reducir salarios para los no capaces. Puede crear una brecha digital por edad, discapacidad (sordos, ciegos), brecha que las empresas y el Estado del Bienestar deberían asumir. Aumentará o habrá una nueva forma de exclusión. El capital se convierte en algorítmico por la proliferación de plataformas y el trabajo humano vale cada vez menos debido a la competencia de la IA y la robotización que repercute en el aumento de la desigualdad (Tezanos, J. F., 1998). La IA cambiará las condiciones de vida y de trabajo como cualquier tecnología, pero lo hará a un ritmo y aceleración más rápidos.

La revolución digital, asentada sobre los sistemas de inteligencia artificial para gestionar la complejidad y amplitud de la información, será el soporte de la nueva prosperidad del siglo XXI. Se producirá como resultado de la aplicación intensiva de tecnologías en un entorno masivo de plataformas. Ello transformará los conceptos de trabajo y de capital. El capital dejará de

estar basado exclusivamente en la propiedad privada, mayormente de activos financieros, para fundarse en algoritmos, que transforman el tráfico de datos en un conocimiento artificial que surge con el empleo de sistemas de IA. El trabajo no será ya fundamentalmente humano sino basado en máquinas y distribuido mediante una red de facilitadores de IA que complementarán (o sustituirán) la inteligencia humana. Los factores de producción cambian pues de sentido. La IA quiebra las bases epistemológicas del capitalismo industrial y los cimientos sociales de la democracia liberal (Lasalle, J. Ma., 2024: 75). La defensa de los derechos de los obreros, la sindicación y la negociación a tres bandas de las condiciones de trabajo y vida laboral (corporatismo) perderán relevancia. Las claves de la preponderancia humana a través del trabajo y la inteligencia que regían el capitalismo industrial se transfieren a la máquina en el capitalismo cognitivo.

En la actualidad, en la era de la «innovación azul», de *clusters* azules de alta tecnología, con sectores económicos estratégicos, el acceso y utilización de la tecnología y de la inteligencia artificial no está únicamente en manos de emprendedores capitalistas, de una clase social, de elites económicas y financieras o de líderes políticos, sino de un gran número de personas con formación y conocimientos sobre IA. No es todavía un fenómeno de masas, por la persistente desigualdad socioeconómica que limita su conocimiento a unos y excluye a otros. Además, el control del uso de la IA es hoy problemático porque es difícil identificar a los responsables de su uso y difusión. El capitalismo cognitivo es un capitalismo cuya principal fuente de riqueza es producir conocimientos que se intercambian a través de un mercado digital que opera dentro de una estructura de plataformas, que substituyen a las empresas. El tejido empresarial estandariza su formato mediante el uso intensivo de las nuevas tecnologías en todos los ámbitos de su organización. Todos los bienes y servicios producidos incorporan dentro de su proceso productivo conocimientos que han nacido de datos obtenidos digitalmente.

El capitalismo contemporáneo es un capitalismo postindustrial de servicios, un capitalismo digital de plataformas, interesado en la producción y distribución de mercancías y en la especulación financiera, pero sobre todo en la distribución de servicios, en especial de información y conocimientos (Mavrakakis, N., 2020: 46). El capitalismo de la información se basa en la comunicación y la creación de redes. En él, las técnicas de disciplina propias del capitalismo industrial, así como el aislamiento espacial, la separación del lugar de trabajo del espacio de ocio, la estricta reglamentación del trabajo o el adiestramiento físico, devienen obsoletos. Hoy, en muchas profesiones el aparato digital hace móvil el trabajo, el puesto de trabajo se lleva de un sitio a otro (Han, Byung-Chul, 2024 (2013): 57). El régimen de la disciplina (Foucault, M., 2005: 138-139) deja paso al régimen de la información, en el que la información y su procesamiento mediante algoritmos de inteligencia artificial determinan los procesos económicos, sociales y políticos. No se explotan cuerpos

y energías humanas sino información y datos. La tecnología de la información digital hace de la información un medio de vigilancia. Las personas se sienten libres, no se sienten vigiladas: pero es precisamente esta sensación de libertad al utilizar el teléfono móvil o el ordenador lo que asegura paradójicamente la dominación (Han, Byung-Chul, 2022: 9-14), la libertad se truca en coacción por la vía digital (Han, Byung-Chul, 2024 (2013): 57). La vigilancia y el castigo que caracterizan el régimen de la disciplina, propio del capitalismo industrial, dejan paso a la motivación, comunicación y *community* como incentivos positivos, lejos de las coerciones y prohibiciones (Han, B-Ch., 2022: 18).

En las sociedades neoliberales las personas tienen y sienten la presión de rendir cada vez más, de ser más productivas. Es una autoimposición, viene de nosotros mismos que voluntariamente asumimos la obligación de ser eficientes, creativos y auténticos. «La sociedad del rendimiento, en la que se nos pide que seamos creativos, es en forma de sociedad de servicios, la sucesora de la sociedad disciplinaria que había en la época de la industrialización» (Han, Byung-Chul, 2024: 28).

En el momento actual el desarrollo del capitalismo y la práctica de la democracia son cuestionados. Los niveles de desigualdad económica por clase social, grupo de estatus, privilegios, pero también por sexo y edad, son inaceptables. La IA engrandece las desigualdades por edad, por diferente formación en nuevas tecnologías, en algoritmos y computación cuántica. Se exige por parte de la población una redistribución de la riqueza y de los resultados económicos, sociales y medioambientales más equitativa. La versión actual del capitalismo ya no cumple la promesa de ofrecer una mejora económica y un progreso social generalizado que compense las diferencias sociales y, también progresivamente, las medioambientales. Es necesario cambiar el sistema capitalista, impulsado por el beneficio económico a otro propio del futuro, a saber: el capitalismo de impacto, impulsado por el beneficio y también por el impacto en la sociedad y en el medio ambiente (Cohen, R., 2023: 231-233). Ello implica la toma de decisiones basada en la máxima ganancia posible a través de un mínimo nivel de riesgo; la máxima obtención de beneficios compatible con la consecución del mayor impacto posible en la sociedad y el medio ambiente. Ello es factible porque se compran productos de empresas que comparten los valores de los consumidores en la protección del medio ambiente, en reducir la desigualdad social, en evitar el uso de mano de obra infantil, por ejemplo.

Para Lasalle, la IA no es una tecnología facilitadora más, como otras aplicaciones de la ciencia cuando opera a nivel práctico o aplicado, una tecnología subordinada a la utilidad social. No es instrumental sino prometeica y fáustica, pues aloja una voluntad de autoconciencia que la aparta de una tecnología facilitadora y una voluntad de poder que la singulariza. Es una tecnología que imita a la inteligencia humana.

Una posición contrapuesta es la que sostiene que todas estas herramientas de la Inteligencia Artificial son una tecnología más. Dan respuesta a muchas preguntas de la ciencia. No se pone en cuestión a la ciencia en si misma que puede conducir a la verdad sobre un aspecto o parcela de la realidad, sino al monopolio de la ciencia. La certeza en la ciencia no es absoluta, el conocimiento científico se entiende hoy como probabilístico. El conocimiento va más allá de lo racional, de lo científico. Se habla incluso de inteligencia emocional (Coleman, D., 1995).

La IA ha producido enormes beneficios como la comunicación y distribución de contenidos de forma instantánea a través del correo electrónico, los *smartphones* y las redes sociales. La información fluye con facilidad, las actividades económicas, productivas de bienes y servicios profesionales y empresariales se dinamizan por el comercio electrónico. Pero la acumulación de información puede conducir igualmente a no poder controlar los límites de esa aplicación, a la manipulación de la opinión pública, a suprimir las voces disidentes, a socavar la privacidad y las libertades civiles. En este sentido, las aplicaciones de IA son una amenaza más para la democracia que para el empleo, por su efecto desestabilizador, porque pueden debilitar sus principios fundacionales de libertad (no interferencia y libertad de expresión, no dominación por un poder arbitrario y descontrolado), de igualdad (sin olvidar la justicia), de fraternidad (lucha contra la exclusión social, marginalización, explotación, discriminación), del imperio de la ley (aplicación de la ley a todo el mundo de la misma manera) y de tolerancia (admisión de la falibilidad, de poder estar equivocado en nuestras creencias e ideas (Coeckelbergh, M., 2024: 51-59). Pueden ser una amenaza a los derechos fundamentales y al control del poder como la libertad de expresión, la protección de la intimidad y la propia imagen, la protección de datos (Maturano, 2024: 57-62) por la capacidad de desinformación (Gil Lloria, M., 2025: 80-92) y manipulación que puede provocar el uso no consentido de las aplicaciones de IA.

IDEALISMO O MATERIALISMO. HUMANISMO Y TRANSHUMANISMO DIGITAL

Así pues, los dilemas o cuestiones sobre el tapete para debatir son: 1) si la IA es un instrumento o una tecnología más de la que los seres humanos podemos valernos para mejorar nuestra calidad de vida y alcanzar nuevas metas; o bien, irá substituyendo paulatinamente a la inteligencia humana. Otra cuestión es: 2) si la IA es una tecnología facilitadora e instrumental, diseñada para realizar un trabajo intelectual más eficaz que el que desempeñaría una mente humana. Es una tecnología que produce una actividad inteligente sin códigos morales. O bien, es posible que (la IA) alcance un estado de consciencia sin que nos demos cuenta. (Lasalle, J. M., 2024: 84, 132-133). De ahí se sigue

que, en tercer lugar, 3) las máquinas puedan llegar a tener o no una inteligencia como la humana, o bien, además de ello, pueden tener también motivaciones, sentimientos, conciencia, intencionalidad, sentido común, libre albedrío, como los seres humanos.

La cuestión de si la inteligencia humana será substituida o desplazada por la artificial, de si la creatividad del hombre será substituida por la de una máquina, un ordenador; sigue abierta. Se puede contemplar desde el idealismo filosófico o desde el materialismo, desde posiciones humanistas o posthumanistas.

Desde el idealismo, la mente o el espíritu es la realidad fundamental y el mundo físico es la creación o manifestación de la mente. La creatividad requiere un componente no-material, como un alma o un espíritu divino que le inspire. El idealismo argumenta que las emociones son no-materiales fundamentalmente y no pueden reducirse a procesos físicos. En consecuencia, resulta difícil concebir una IA, que es fundamentalmente una entidad material, experimentando verdaderas emociones. Desde el materialismo, el mundo físico es la realidad fundamental y todo, incluyendo la conciencia, puede ser explicado en términos de la materia y sus propiedades. La creatividad es el producto de redes neuronales complejas y de algoritmos. El materialismo sugiere que la conciencia, incluyendo las emociones, es producto de procesos físico-químicos en el cerebro. Por lo tanto, si la IA pudiera desarrollar una red neuronal suficientemente compleja para estimular estos procesos, podría potencialmente experimentar emociones. Esta perspectiva pone el énfasis en la importancia del *hardware* físico y de los algoritmos en determinar las experiencias conscientes.

La respuesta a estos dilemas la ofrecen autores que han dedicado su atención al futuro civilizatorio de la IA. Así, José Ma. Lasalle apela a someter a la IA al principio de la responsabilidad reforzada que se define a partir de un propósito de perdurabilidad y continuidad. Solo conviviendo con una IA sostenible éticamente se puede garantizar una responsabilidad reforzada, es decir, obrar técnicamente de tal manera que los «efectos de (la) acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténticamente humana sobre la Tierra».

Y, sigue Lasalle: «Es importante retomar y resignificar la idea de sabiduría que implica una forma de conocimiento superior que fue marginada por la revolución científica y el conocimiento especializado y práctico, en manos de expertos. Se trata de darle al ser humano un proyecto cognitivo que ponga en valor su inteligencia frente a la mente de la máquina, que el ser humano encuentre el valor operativo que le haga cualitativamente insustituible en su relación con la máquina, un nuevo humanismo que trascienda la automatización y ponga a la IA al servicio de propósitos superiores a la nueva utilidad.» (Lasalle, J. Ma., 2024: 31-32).

Una posición antagónica es la de Marvin Minsky y Ray Kurzweil, entre otros autores, al hablar de posthumanismo como estadio superador del mejoramiento de la especie humana a través de la tecnología, estadio en el que los robots y la IA soportarían el peso de la evolución y el progreso tanto desde el punto de vista ingenieril como biológico. La biogenética cambiaría al ser humano, la máquina substituiría al ser humano. Las máquinas podrían tener una inteligencia más poderosa que los seres humanos (Coeckelbergh, M., 2021: 23-26).

La inteligencia humana tiene un rasgo diferenciador que cualitativamente le otorga una superioridad que le permite actuar ante lo impredecible, lo imprevisible y lo sorpresivo. La IA puede ser más eficiente en términos estadísticos pero las máquinas no tienen sentido del error, de la culpa, de la duda, del sentido de la trascendencia. En ellos están los atributos de la sabiduría, noción que Lasalle encumbra y restaura, tras su olvido desde el Renacimiento porque no aportaba conocimiento y ciencia afirmativa; empírica y contrastable, diríamos hoy. Sabiduría, serenidad y duda desembocan en la prudencia, que ayuda a ser inteligente de una manera superior y espiritual a las máquinas, para poder captar y escoger cuando se tiene que decidir. Una máquina carece de autonomía moral y no sufre por el resultado positivo o negativo para ella o para terceros por acertar o fallar en una decisión y consecuente acción. Carece de conciencia y de sentido de la responsabilidad. Por el contrario, el ser humano, cuando decide, se expone a través de la conciencia al juicio de sí mismo y de los demás.

La conciencia es esta cualidad sentida de nuestra vida mental. Sin conciencia no habría dolor ni sufrimiento, ni alegría, ni el impulso ardiente de la curiosidad, ni punzadas de aflicción. Las experiencias, positivas o negativas, sencillamente no existirían. En el contexto de la vida biológica, la inteligencia y la conciencia parecen ir de la mano. Las inteligencias biológicas sofisticadas suelen tener experiencias interiores complejas y con matices. De acuerdo con una línea de pensamiento de la neurociencia, la conciencia implica un procesamiento sensorial. Tener un nivel básico de percepción sensorial es un requisito previo para ser consciente. La capacidad intelectual no es suficiente. De ahí que la conciencia no sea la consecuencia inevitable de la inteligencia. (Schneider, S., 2021: 56-58). Las IAs muy inteligentes podrían no tener contenidos conscientes, ni vida interior.

Una alternativa a esta situación podría ir de la mano de identificar un propósito de alcance ético para la IA que trascienda la ilimitada maximización utilitaria de las capacidades tecnológicas por la que viene apostando la revolución digital desde su nacimiento. Como se ha dicho anteriormente, la IA posee una extraordinaria inteligencia estadística, una infinita capacidad de cálculo, puede solventar errores humanos individuales o colectivos de forma mucho más eficiente que los humanos si tuviéramos que gestionar tales volúmenes de datos. Cabría un propósito humanista acerca de la dignidad humana para que

el ser humano preserve una posición de centralidad decisoria dentro de una estructura de máquinas que imitan su inteligencia, un humanismo tecnológico o cibernético, o digital (Clotet, Joan, 2023: 21).

La inteligencia humana es situacional y social, por el conocimiento del entorno es capaz de adaptarse fluidamente a condiciones cambiantes, a mejorar los servicios y a reducir los errores (Acemoglu, D. y Johnson, S., 2024: 312-314). La IA carece de la capacidad de empatía, creatividad y juicio moral que son propias de la inteligencia humana y son fundamentales para tomar decisiones políticas y éticas complejas. Si tomara decisiones en nombre de los ciudadanos, sin ninguna supervisión o responsabilidad humana significativa, socavaría los cimientos de la convivencia y de la gobernabilidad humanas. No se utilizaría para el bienestar humano, el avance de la justicia social, la innovación responsable y la democracia.

La IA, como otras tecnologías, como el fuego, la máquina de vapor o la electricidad, afecta y mejora nuestras vidas al solventar numerosos problemas a través de sus aplicaciones e invenciones (no ser depredado el ser humano por animales, contar con una fuente de energía más barata y creadora de nuevos productos como radios, electrodomésticos, televisores) (Acemoglu, Daron and Johnson, Simon, 2024: 25-32), especialmente cuando hay posibilidad de reducir costes en un 90% como es el caso de la IA china DeepSeek, más barata, más rápida en aprendizaje y de código abierto, al que se pueden incorporar muchos usuarios, en comparación con los modelos de los USA (ChatGPT-4.5 de Open AI, Gemini de Google, Microsoft copilot, Llama de Meta, Claude de Anthropic y Perplexity etc. y los europeos Mistral en Francia y Black Forest Lab en Alemania), que ya han reaccionado competitivamente al desafío de disminuir costes en el avance no solo hacia sistemas que sean más rápidos y directos en la búsqueda por internet sino también hacia sistemas de razonamiento que simulan procesos de pensamiento humano con el objetivo de superar a los humanos en capacidades cognitivas. Sus resultados son menos precisos, pero son más baratos. Se ha roto un monopolio, el mercado se ha abierto y eso es positivo. El abaratamiento de costes puede permitir a pequeñas empresas aprovechar esta tecnología sin tener que realizar inasumibles inversiones en infraestructuras. Ha democratizado su utilización.

En espera de que se resuelvan los dilemas planteados, por ahora, solo podemos asegurar que la IA), puede complementar la acción y actividad humanas: mejorando la productividad de los humanos, creando nuevas actividades y así aumentando sus capacidades, procurando más y mejor información para la toma de decisiones humanas, construyendo nuevas plataformas. Una máquina es inteligente en la medida en que puede imitar a la inteligencia humana, puede llevar a cabo una actividad por lo menos tan bien como un ser humano. Cuantas más actividades realice alcanzando «la paridad humana» más inteligente será. Por ahora, esta inteligencia humana no es substituida o sustituible (Acemoglu, D. y

Johnson, S., 2024: 394, 302-306). Independientemente de si la IA actual, o las venideras [como la AI General (que replican la inteligencia humana en gran variedad de tareas), la fuerte o consciente (que tiene niveles de flexibilidad cognitiva superiores a los de los humanos) o la superinteligencia artificial (SIA) un único sistema que operando en todos los ámbitos cognitivos con capacidad sean de reprogramarse y hacerse más potente (Sala i Martín, X., 2025: 270-281). El modelo de IA general o fuerte busca poder substituir y reemplazar a la inteligencia humana al dotarla de autonomía plena de análisis sobre la información que maneja y la capacidad de decisión deliberativa y sea tan inteligente que se mejore por sí misma (Lasalle, J. M., 2024: 84, 132-133)] pueda ser genial o terrible para la humanidad, su llegada plantea preguntas y cuestionamientos de orden económico, político y tecnológico para los que todavía no tenemos respuesta, porque la mayoría de las personas e instituciones no están preparadas para estos sistemas de IA, ante la pérdida del monopolio de la inteligencia humana.

BIBLIOGRAFÍA

- ACELMOGLU, D., y JOHNSON, S. (2024): *Power and Progress*, London: John Murray Press, Paperback.
- BENNET, E. M., *et alii* (2021): «On the Dangers of Stochastic Parrots: ¿Can Language Models Be Too Big?», New York: ACM Digital Library, *Proceeding of the 2021 Conference on Fairness, Accountability and Transparency*.
- CLOTET, J. (2023). *Humanismo digital*, Barcelona: Libros de Cabecera.
- COECKELBERGH, M. (2021): *Ética de la Inteligencia Artificial*, 2021 Madrid: Cátedra, Teorema.
- (2024): *Por qué la IA debilita la democracia y qué hacer al respecto*, Madrid: Cátedra, Teorema.
- COHEN, R. (2023): *Impacto. Transformar el capitalismo para lograr el cambio*, Pamplona: Eunsá.
- COLEMAN, D. (1995): *La inteligencia emocional*, Barcelona: Editorial Kairós.
- CHOMSKY, Noam (2023): «La crítica de Noam Chomsky al sistema de Inteligencia Artificial ChatGPT», *Cultura Inquieta*, abril 2023.
- FOUCAULT, M. (2005): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI.
- GIL LLORIA, M. (2025): «Desinformación e inteligencia artificial en procesos electorales» en *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, nr, 116, febrero 2025, Madrid.
- HAN, B-C. (2021): *La sociedad paliativa*, Barcelona: Herder.
- (2022): *Infocracia*, Móstoles, Madrid: Taurus.
- (2024): *El espíritu de la esperanza*, Barcelona: Herder.
- [2024 (2013)]: *En el enjambre*, Barcelona-Herder.
- DENNET, D. C. (2017): *From bacteria to Bach and Back: The Evolution of Minds*, London: Norton and Company.
- LASALLE, J. M., 2024: *Civilización artificial*, Barcelona: Arpa.
- MCCARTHY, J. (1969): *Defending AI research, A Collection of Essays and Reviews*, CSLI Publications, Center for the Study of Language and Information, Stanford University, ISBN-10:157586018X.

- MATURANO, A. A. H. (2024): *El impacto de la inteligencia Artificial y los derechos fundamentales. Un desafío jurídico a la sociedad*, Madrid: Editorial Aranzadi.
- MAVRAKIS, N. (2020): *Byung-Chul Han y lo político*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- SALA I MARTÍN, X. (2025): *Entre el paradís i l' apocalipsi. L' economia de la intel·ligència artificial*, Barcelona: Rosa dels vents.
- SCHNEIDER, S. (2021): *Inteligencia Artificial. Una exploración filosófica sobre el futuro de la mente y la conciencia*, Valencia, Koan Ediciones.
- TEZANOS, J. F. (1998): *Exclusión social y desigualdad*, Madrid: CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas).